

# TECTARI

## Memoria de una expedición

Existe en la mitología yu'pa una continua alusión a un monte que mantiene en su simbología un carácter dubitativo: habiendo sido tenido como lugar de salvación para algunos *owaya-yos* y *wanapsas* en los primeros tiempos, cuando aconteció la inundación apocalíptica. En la actualidad se presenta como un espacio prohibido, inhóspito e inaccesible, el cual hay que evitar, a riesgo de poner la vida en peligro. Nos estamos refiriendo al «Tectari», máxima elevación de la Sierra de Perijá.

Ese halo de misterio y el elevado valor simbólico que el Tectari posee en la tradición oral yu'pa, fue el detonante que nos indujo a emprender una expedición hasta ese lugar, a fin de comprender mejor el pensamiento y los temores creados en torno a él.

Acompañado de Jesús Peñaranda y Jairo, guardaparques yu'pas de Toromo y Sirapta respectivamente, emprendimos el camino cargando a lomos de un mulo los «corotos» (equipaje) con provisiones para una semana.

Habiendo salido de Toromo a las 9.30 h. llegaríamos a Manastará a las 16.30 h., tras haber pasado por las poblaciones de Shirimi, Ayajpaina y Kunana.

En Manastará fuimos bien acogidos por las pocas familias que allí habitan desde hace escaso tiempo, encontrándose todas ellas atareadas en la construcción de las viviendas. Es en ese punto donde el río Negro toma su

nombre por la confluencia de las aguas que vienen del Tumuriaja y del Atapsi.

Tras descansar por la noche en ese lugar y dejar la mula, nos repartimos el peso de los corotos y salimos a las 8.00 h. siguiendo el río Atapsi en dirección al Tectari.

Al parecer, según la visión de Jesús Peñaranda, tan sólo se sabe que hayan llegado al Tectari un grupo de personas de la Universidad de los Andes en Mérida, quienes hacía unos 8 años emprendieron una expedición al monte por el mismo lugar donde íbamos nosotros.

Durante las tres primeras horas de marcha se podía apreciar la pica o trocha del antiguo camino que conducía a Colombia, practicado por los llamados «maleteros» (narcotraficantes), y abandonado, según nos contaron, desde que hacia unos tres años se produjo una batalla a machetazos entre bandas rivales que acabó con la vida de muchos de ellos.

A partir de un punto (a unas tres horas de Manastará) en donde la pica se dirige a Colombia tomando una quebrada situada a la izquierda del río Atapsi, se pierde todo tipo de indicio orientativo, teniendo sólo el cauce del río como punto de referencia que no hay que perder.

La noche que pernoctamos en Manastará tuvimos una larga reunión con los hombres del poblado, quienes nos intentaron persuadir para que desis-

tiéramos en nuestro propósito, poniéndonos sobre aviso acerca de los problemas y dificultades que íbamos a tener en el viaje; así como también nos pusieron al corriente de las historias que contaban los antepasados sobre el enigmático monte.

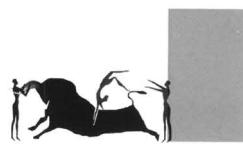
Entre las historias mencionadas sobre el Tectari nos contaron que «la persona que ose acercarse a él y pronuncie en ese momento su nombre se le quema la boca, cubriendose el Monte de niebla».

Nos decían también que «el Monte no se deja acercar»; como si tuviera vida propia; «cuando parece estar próximo desaparece y se aleja, haciendo que el caminante se pierda».

Contaban el caso de un «catire» (hombre de piel blanca) que fue atacado numerosas veces por un águila al intentar subir a la cumbre, habiendo llegado previamente a su base.

También situaban en torno al Tectari el asentamiento de hombres salvajes que practican el canibalismo raptando a quienes encuentran desamparados.

Ni Peñaranda ni Jairo conocían esta parte del territorio, pero dada su condición de guardaparques les interesaba saber de él; éste fue el principal motivo por el que aceptaron la idea de acompañarme. Para mí sería también interesante observar sus respectivos comportamientos, durante el trayecto, ya que además de ser guardaparques, enculturados en buena medida bajo el modelo



de sociedad criolla, no dejaban de ser yu'pas.

Siguiendo el cauce del Atapsi, unas veces por dentro y otras por fuera, y siempre abriendo la trocha a golpe de machete, estuvimos tres días.

Introducidos en la espesura de la selva y sin visión alguna de la distancia que faltaba hasta el Monte, el cual sólo conocíamos a través del mapa, decidimos abandonar el río y subir por una ladera hasta obtener una visión panorámica de dónde nos situábamos. Así hicimos estableciendo el campamento a media ladera cuando llegó la noche.

A la mañana siguiente logramos llegar a la parte alta, en donde nos vimos obligados a subir a un gran árbol para divisar el paisaje. Hecho esto y con el cuerpo algo fatigado por el desgaste de la marcha, el ánimo subió por momentos cuando por primera vez divisamos el objetivo: el Tectari.

Aún faltaba bastante, pero al menos lo habíamos visto y sabíamos qué dirección tomar. También avistamos el Cerro de Santa Marta, ya en Colombia. De ese modo bajamos por donde habíamos subido, hasta llegar de nuevo al río Atapsi, del que no estábamos seguros, con motivo de habernos cruzado anteriormente con numerosos cauces que llevaban semejante caudal.

A medida que se sube el río, aumenta su desnivel discurriendo por cascadas que hay que sortear para poder continuar.

Asimismo la vegetación llega a enmarañarse totalmente en el cauce, obligando a tener que abandonarlo, ya que atravesarla se convierte en tarea imposible.

Intuyendo tener cerca la cadena montañosa del Tectari, abandonamos defi-

nitivamente el río, convertido ya en torrente, y subimos por una inclinada pendiente con mucha dificultad hasta llegar a una zona elevada.

Sin mucha energía y sin agua, nos pusimos a buscar al Tectari, que en principio no aparecía; pero superados los últimos obstáculos que impedían la visibilidad, de nuevo sentimos una enorme alegría cuando de cerca lo vimos.

A diferencia de las informaciones que había recibido previamente, el Tectari constituye una cadena de montañas que superan los 3.500 m.; cada una de ellas con nombre propio. De este modo, como nombraba Jairo, teníamos delante el Tectari Yipíño, el Tectari Yunti, el Tectari Tupotancha, el Tectari Yemota y el Tectari Tewappü; vistos todos desde la cara sur, cuyas paredes son más verticales.

Habiendo llegado al lugar en la tarde del día 10 de marzo. Peñaranda y Jairo se pusieron a buscar agua en un cañaveral para aplacar la sed; cosa que consiguieron realizando un pozo artesiano del que a unos 50 cm. de profundidad brotó suficiente agua para beber.

Con los alimentos prácticamente agotados, y con la intención por mi parte de subir a la mañana siguiente a la cima del primer pico, el Tectari Tewappü, dormimos esa noche, en la que arreció un intenso frío.

Como estaba planeado, por la mañana me preparé para subir juntos a la cima, pero, sorprendentemente habían cambiado de idea negándose a ello. No obstante aceptaron esperarme en el lugar mientras yo subía y bajaba. Con ese compromiso emprendí la trepa cargando una cantimplora con agua, y un tanto sobrecogido por la emoción de estar pisando en solitario un terreno arriesgado.

No hubo percances que destacar en la travesía, pero la sorpresa llegó cuando de regreso al lugar donde supuestamente debían esperarme, sólo había enseres y un mensaje escrito con carbón del fogón que decía: «te esperamos en Manastará».

¿Qué pasó? ¿Por qué ésta precipitada reacción? ¿Qué causas indujeron a mis acompañantes a abandonarme en tan delicada situación?

La razón que me expuso Peñaranda, esperándome efectivamente en Manastará, fue que Jairo se puso de pronto muy nervioso, llegando incluso a llorar por regresar. Debido a su empecinamiento, Peñaranda argumentaba que para él era una gran responsabilidad dejarlo regresar sólo. Pero ¿y yo? La pregunta quedó sin respuesta.

Possiblemente a Jairo, que al igual que Peñaranda se ha criado entre criollos, se le resolvieron de pronto los ancestros y fue presa del pánico al haber llegado tan cerca del Monte sagrado.

Reflexionando durante el camino de vuelta en torno a la justificación de los temores yu'pas a acercarse al Tectari; al margen de los motivos basados en las leyendas que ellos mismos alegan; encontramos por nuestra parte otros motivos, que, teniendo una mayor objetivación, respaldan esa actitud, o al menos aconsejan una buena dosis de prudencia.

De manera recurrente y en casi todos los puntos de la Tierra, las grandes montañas han sido contempladas en algún momento por los lugareños, como morada de dioses o de demonios, también el Tectari.

Pero al hecho de ser la mayor elevación de la Sierra de Perijá, al aspecto inaccesible que presentan algunas de las cumbres, con grandes farallones de apariencia infranqueable; a la nie-



1



2



3



4



5



6



7

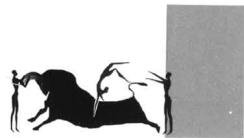


8



9

1. Hombre sembrando *ocumo* en su área de cultivo *conuco*.
2. Niños jugando en torno al fuego.
3. Mujer anciana tejiendo.
4. Poblado de Kiriponsa.
5. Reunión en el poblado de Yurmuto para resolver problemas.
6. Informantes yu'pas.
7. Investigador pasando notas en su diario de campo dentro de su vivienda.
8. Hombre con la cara tiznada de negro, disparando flecha durante el ritual del *casha pisosa* o fiesta del recién nacido.
9. Hombre tocando el *towakta* (cuerno hueco de toro) anunciando que la *soya* (bebida alcohólica tradicional) ya está lista para ser tomada, marcando el inicio de un acontecimiento festivo.



10



11



12



13



14



15



16



17



18

10. Preparación de alimentos momentos antes del inicio de un *tomaire* o fiesta recreativa de confraternización.
11. *Tomaire* (fiesta recreativa de confraternización) celebrado en la comunidad de Kanobapa.
12. Mujer entonando un canto u *omaika* y niño bebiendo soya en el transcurso de un *tomaire*.
13. Hombres reunidos junto a la *canoa de soya* (tronco hueco que contiene el líquido alcohólico).
14. Amanecer en Kanobapa tras haber permanecido sus habitantes toda la noche despiertos, danzando, cantando y tomando, con motivo de una celebración festiva de *tomaire*.
15. Escenas de danzas *yu'pas*. Danza *yu'pa* en Kanobapa.
16. Escenas de danzas *yu'pas*. Danza *yu'pa* en Kiriposa.
17. Escenas de danzas *yu'pas*. Danza *yu'pa* en Yurmulo.
18. Escenas de danzas *yu'pas*. Danza *yu'pa* en Kanobapa.

bla casi permanente que lo mantiene escondido casi siempre, lo cual le da un aspecto más enigmático; al frío intenso que por la noche hace en las zonas altas, aumentado éste por la humedad del aire; a la gran descomposición de la roca que amplifica la dificultad de ascenso en su parte final. A todo ello hay que añadir el difícil trayecto que es preciso pasar para llegar hasta él; la frondosa y exuberante vegetación, y la no existencia de trocha, da la sensación de estar introducido en un entorno virgen e inexplorado, que si bien resulta apasionante, no deja de ser menos duro por la necesidad de atravesarlo a golpe de machete; lo cual exige un enorme gasto energético. No hay que menospreciar tampoco el peligro que conlleva la existencia de grandes felinos que como el puma y el jaguar

transitan por esta zona; ni tampoco los numerosos ofidios de las más variadas clases, muchos de ellos de mordedura mortal.

Al margen de las consideraciones físicas que hemos apuntado, se hace preciso destacar también el inminente riesgo que este territorio, por ser inexpugnable, entraña con vistas a los guerrilleros y narcotraficantes colombianos; pudiendo servir de escondite para los primeros, como parece ser que ocurre; y de lugar de tránsito para los segundos, al menos en su zona más baja.

Con este panorama no resulta difícil comprender los consejos de los pobladores de Manastará cuando insistían en que abandonáramos la idea de la expedición, aunque los argumentos que emplearan fueran otros.

En cualquier caso, situado al desnudo y en solitario ante la naturaleza, y con la mente cargada de historias como la del «salvaje», que en otro contexto pudieran parecer inverosímiles; es fácil que el pensamiento científico haga aguas, que la óptica racionalista se deje arrastrar por lo que dictan los sentidos; y en definitiva se dude sobre donde están puestos los límites de la realidad.

Fue ésta una expedición llena de incertidumbre hasta el último momento, como toda buena aventura; sin embargo y a pesar de todas las situaciones difíciles, mereció la pena, porque nos ofreció la ocasión de acercarnos un poco más al pensamiento yu'pa, y tuvimos la experiencia inolvidable de haber acariciado algo para ellos inquietante: el Tectari.